

## Capítulo 1

# NATURALEZA Y EVOLUCION DE LA DISCIPLINA

*Gianfranco Pasquino*

### 1. El nacimiento de una disciplina

Delinear la evolución de una disciplina como la ciencia política es una operación difícil y compleja por dos tipos de razones. En primer lugar porque su historia y la historia de sus cultivadores se entrelazan irremediable, y fecundamente, con las de otras disciplinas como la filosofía política, la historia de las doctrinas y del pensamiento político, el derecho constitucional y, más recientemente, la sociología, sobre todo y por supuesto, la sociología política. No es casual, pues, que no exista una auténtica historia de la ciencia política, dejando aparte algunos intentos, más o menos meritorios<sup>1</sup>. Cabría incluso sostener que, tanto por el ámbito cronológico más que bimilenario que debería abarcar, como por las variadas especializaciones que exige, una historia exhaustiva es algo imposible, está por encima de la capacidad de cualquier estudioso individual.

En segundo lugar, la evolución de la ciencia política es continua, y se produce tanto a través de la definición y redefinición del objeto de análisis, como a través de la elaboración de nuevas técnicas y en especial de nuevos métodos, en búsqueda de la «cientificidad». En el transcurso del tiempo, cambiaron por ende tanto el objeto (qué es la política) como el método (qué es la ciencia). De manera que la evolución de la disciplina puede, y acaso deba, trazarse y analizarse precisamente en referencia a estas dos modificaciones<sup>2</sup>, ninguna de ellas definitiva y ambas susceptibles aún de variaciones y profundizaciones.

---

<sup>1</sup> EASTON, D., *The Political Systems. An Inquiry into the State of Political Science*, Nueva York, Knopf, 1953; BLUHM, W. T., *Theories of the Political System. Classics of Political Thought and Modern Political Analysis*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1965; MACKENZIE, W. J. M., *Politics and Social Science*, Harmondsworth, Penguin, 1967, trad. castellana, *Política y ciencia social*, Madrid, Aguilar, 1973; STRETTON, H., *The Political Sciences*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1969; RICCI, D. M., *The Tragedy of Political Science. Politics, Scholarship, and Democracy*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1984.

<sup>2</sup> SARTORI, G., *La política. Logica e metodo in scienze sociali*, Milán, SugarCo, 1979.

Dicho esto, es muy comprensible que se pueda sostener que la ciencia política alardea a la vez de raíces profundas en un lejano pasado y orígenes recientes, así como de que sus reflexiones hayan acompañado a todas las fases de desarrollo de las experiencias de organización comunitaria del mundo occidental (desde la ciudad-Estado griega a los procesos de unificación supranacional) y que se hayan especializado, de cómo siguen aliándose con otras disciplinas y de cómo han llegado a ser autónomas en un conjunto de relaciones de colaboración y de diferenciación.

El problema que se plantea con mayor claridad al que intenta reconstruir la evolución de la ciencia política consiste en la fijación de una fecha precisa, de un giro, en aceptar un momento antes del cual la política se estudiara con métodos «pre-científicos» y a partir del cual prevaleciera el uso del método científico y fuera éste un elemento discriminante. El riesgo de una operación así es grande. Implica no sólo devaluar las aportaciones de todos los estudiosos de la larga fase precientífica, sino también atribuir un valor seguramente excesivo a los análisis de los contemporáneos (nuestros y del método científico), amén de las controversias generadas por la misma definición del método científico.

Parece mucho más fructífero, en cambio, sostener una interpretación abierta y en parte ecléctica (pero no imperialista). La ciencia política es el producto de un conjunto de contribuciones, reflexiones, análisis de fenómenos políticos madurados, precisamente, en el transcurso de la experiencia política occidental. De vez en cuando los estudiosos se han enfrentado a estos fenómenos recurriendo a los métodos disponibles en el momento y estudiando en lo concreto las temáticas más significativas. Además, ninguno de ellos ha sabido o querido nunca (suponiendo que sea posible además de deseable) mantener cuidadosamente separados el momento descriptivo del prescriptivo, los hechos de los valores. Sin embargo, de cada uno de ellos, de los mejores podemos aún hoy extraer las problemáticas más importantes y podemos afirmar que de ellos surgen las primeras soluciones clásicas.

Cualquier intento de interpretación de síntesis tiene que referirse a un manual de historia de las doctrinas y del pensamiento político y a ellos remitimos<sup>3</sup>. En lo que aquí respecta, el recorrido a delinear se refiere ante todo al objeto de la ciencia política, y después al método. Desde el principio, por ejemplo con Aristóteles, el objeto cualificativo, aunque no exclusivo, del análisis político estaba constituido por el poder. Los modos de adquisición y utilización del poder, su concentración y distribución, su origen y la legitimidad de su ejercicio, su misma definición en cuanto poder político han sido el centro de todos los análisis político desde Aristóteles, precisamente, a Maquiavelo, de Max Weber a los politólogos contemporáneos<sup>4</sup>. Es cierto que han cambiado las técnicas de análisis, recurriendo a instrumentos procedentes de la psicología política, con la elaboración de modelos matemáticos de medida del poder, con una mayor y mejor formalización del propio concepto. Del mismo modo, los procesos de modernización y de diferenciación estructural han impuesto una más clara distinción entre poder político y las otras

<sup>3</sup> BRECHT, A., *Political Theory: The Foundations of Twenty Century Political Thought*, Princeton, Princeton University Press, 1959, trad. castellana, *Teoría Política. Los fundamentos del pensamiento político del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1963; WOLIN, S., *Politics and Vision. Continuity and Innovation in Western Political Thought*, Boston, Little, Brown and Co., 1960, trad. española, *Política y Perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973; PASSERIN D'ENTREVES, A., *La dottrina dello Stato*, Turín, Giappichelli, 1962.

<sup>4</sup> BARRY, B. (ed.), *Power and Political Theory*, Londres, Wiley, 1976.

formas de poder. Pero, en definitiva, los interrogantes clásicos acerca de quién tiene el poder y cómo lo ejerce, interrogantes planteados también de forma normativa (sobre quién debería tener el poder y cómo debería ejercerlo) informan aún hoy el análisis contemporáneo de la política, la ciencia política.

El poder parece un fenómeno más sugerente que otros, más general y generalizado, más difundido y más característico. Pero, en cuanto objeto central del análisis político, a menudo ha sido sustituido por el de Estado. La misma experiencia política occidental ha empujado en esta dirección y ha actuado también en el sentido de introducir fuertes diferencias analíticas entre los estudiosos, en función de los procesos de construcción nacional que tenían que analizar (y pronosticar). En este caso también, la historia de las doctrinas políticas y del derecho constitucional puede arrojar mayor luz sobre el tema. Si en los primeros análisis clásicos, de Maquiavelo a Hobbes para entendernos, el problema es el de crear el orden político a través del control del poder en el interior de fronteras bien definidas<sup>5</sup>, en otros casos el problema será el de la creación de un Estado pluralista (Locke), democrático (Tocqueville y los federalistas estadounidenses), fuerte (Hegel y los historicistas alemanes), capaz de asegurar un compromiso entre las clases sociales (Kelsen), apto para gobernar la emergencia (Schmitt).

De esta fase surgieron dos tradiciones analíticas distintas. Por un lado, una tradición anglosajona que concede gran atención a los procesos sociales más que a las configuraciones estatales; por otro, una tradición continental de análisis de las estructuras estatales auténticas, reales, de estudios institucionales. En la primera tradición apenas encuentra sitio el derecho, en beneficio de la práctica, de las costumbres, del *common law*; en la segunda el derecho surge como elemento central de los procesos políticos, reifica y cristaliza los análisis políticos y, a la postre, los constriñe dentro de los confines nacionales.

Repetidamente, en el curso del tiempo, los distintos estudiosos de la política, desde cualquier perspectiva de partida que tomasen, se plantearon el problema del método, es decir, de las modalidades con las que recoger las informaciones necesarias, cribarlas y filtrarlas para combinarlas en generalizaciones y explicaciones. A la larga, e inevitablemente, la fuente de cada dato y de cada explicación fue la historia política, interpretada y utilizada de diferentes maneras. Quizás se produce una primera ruptura epistemológica con Maquiavelo, que no sólo se refiere a la historia, sino a la observación y en concreto declara querer describir lo más objetivamente posible «la realtà effettuale». Desde entonces muchos estudiosos seguirán a Maquiavelo en la utilización del método de la observación (es clásico el análisis de la democracia en América de Tocqueville). Pero no por eso perderá la historia su papel en tanto que fuente privilegiada de material sobre el que basar generalizaciones y teorías.

Una vez consolidadas las formaciones estatales, los estudiosos continentales volvieron su mirada hacia las modalidades de formación, de recambio, de sustitución de las clases dirigentes. Se encontrará así un filón de análisis, particularmente fecundo en el contexto italiano<sup>6</sup>, centrado sobre la clase política, que intentará superar las tradicionales problemáticas del poder y del Estado, con el objetivo de lograr mayor concreción y mayor adecuación a la realidad. Los análisis de Mosca, Pareto y Michels, de estudiosos que provienen de disciplinas distintas,

<sup>5</sup> MATTEUCCI, M., *Alla ricerca dell'ordine politico. Da Machievelli a Tocqueville*, Bolonia, Il Mulino, 1984.

<sup>6</sup> BOBBIO, N., *Saggi sulla scienza politica in Italia*, Bari, Laterza, 1969.

del derecho constitucional, la economía política y el análisis de las organizaciones respectivamente, son probablemente las últimas contribuciones clásicas que, en un sentido no descalificador, pueden definirse como pre-científicas.

En efecto, a caballo entre los siglos XIX y XX se inicia una auténtica revolución científica en el mundo centroeuropeo que con la física (Einstein), el psicoanálisis (Freud), la filosofía analítica (Wittgenstein y el más amplio círculo de Viena) influirá también en las ciencias sociales y la ciencia política. Aún no se ha escrito esta historia en sus detalles. Por lo que respecta a las ciencias sociales (y por tanto también a la ciencia política), las tensiones metodológicas se hicieron especialmente fuertes. Aparece la ambición de imitar a las ciencias naturales, de copiar sus técnicas de investigación, de producir explicaciones y generalizaciones bajo la forma de causa y efecto, con fuerza de leyes. Max Weber, situado a caballo de la vertiente, participa del movimiento de renovación metodológica, asume sus consecuencias, experimenta los nuevos métodos y elabora originales perspectivas de análisis<sup>7</sup>.

En esta fase, rica en entusiasmos y densa en desafíos, la ciencia política como disciplina autónoma o no se afirma o incluso está en peligro sin más de desaparecer. El fascismo y el nazismo, por un lado, aplastarán cualquier reflexión política, específica y harán retroceder decenios, en sus contextos respectivos, a todas las ciencias sociales (mientras la gran diáspora de estudiosos alemanes dará un nuevo vigor a las ciencias sociales estadounidenses, naturalmente). Por otro lado la tendencia va en la dirección de una unificación de las ciencias sociales (o incluso de todas las «ciencias», en torno a un método compartido, como revelará el ambicioso proyecto de Otto Neurath de la *Encyclopedia of Unified Sciences*, 1932), en la cual la ciencia política perdería su autonomía tan trabajosamente buscada respecto de las disciplinas cercanas (filosofía política, historia política, derecho constitucional) y recién conquistada, pero todavía puesta en cuestión respecto a la economía política en la poderosa interpretación marxiana que hace de la política una mera superestructura.

Serán otros derroteros los que vuelvan a dar un respiro y un análisis autónomo a la ciencia política y a la vez influyan sobre su paradigma. Por una parte, la innegable manifestación de la autonomía de lo político en experiencias tan distantes, y sin embargo tan importantes como el *New Deal*, el nazismo y el estalinismo (contra el que Trotsky pronosticaba una revolución precisamente «política») y todas ellas necesitadas de un análisis especialmente politológico (del que el caso más controvertido sigue siendo el de Neumann)<sup>8</sup>. Por otro lado, la difusión de los análisis de antropología política en sociedades definibles como *sin estado*, sobre los que hay disponible una amplia bibliografía<sup>9</sup>, pero *no sin política*. Así se hacía camino la imprescindible necesidad de redefinición del objeto de la ciencia política que ya no podía ser ni simplemente el poder ni el Estado. El poder tenía que ser calificado como político y no podía referirse, tautológicamente, al Estado; y, por otra parte, las sociedades sin Estado mostraban la existencia de actividades políticas. De ahí la nueva definición de política a que llegaba, tras una amplia

<sup>7</sup> WEBER, M., *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubingia, Mohr, 1922, traducción española, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

<sup>8</sup> NEUMANN, F., *Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism*, Nueva York, Oxford University Press, 1942, trad. española, *Behemoth. Estructura y práctica del nacional-socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

<sup>9</sup> EASTON, D., *Political Anthropology*, en B. Siegel (ed.), «Biennial Review of Anthropology», Stanford, Stanford University Press, 1959, pp. 210-262.

exploración histórico-crítica, David Easton como actividad de «asignación imperativa de valores para una sociedad». De ahí, pues, la propuesta metodológica de un análisis sistémico de la política<sup>10</sup>.

## 2. Easton y el conductismo político

Con Easton se lleva a término un largo discurso acerca de qué es política y qué es ciencia. La respuesta de Easton es que la política no se puede expresar sólo como poder, tanto porque en todo caso es necesario distinguir entre las diferentes formas de poder y por consiguiente definir el atributo «político» de aquella forma que debe interesar a los científicos de la política, ni puede buscarse sólo en el análisis del Estado. Por un lado el poder es demasiado, cuando no es específicamente político, y por otro, es demasiado poco, porque política no es sólo conflicto, sino que también es multiplicidad de formas de colaboración, de coalición, de consenso. En cuanto al Estado, representa una forma transitoria de organización política. Había política *antes* del nacimiento del Estado, como lo conocemos de de algún siglo a esta parte<sup>11</sup>: habrá política incluso cuando el Estado sea sustituido por otras formas de organización política; y, naturalmente, hay política también en niveles inferiores al Estado y en las relaciones entre Estados.

Política es, pues, «asignación imperativa de valores para una sociedad». Lo que significa que no es necesaria una coincidencia con una forma organizativa (y por tanto hay política también en las sociedades sin Estado, en el interior de las organizaciones partidistas, sindicales, en el ámbito del Parlamento, en las relaciones entre Parlamento y Ejecutivo, y así sucesivamente). El lugar de la política será el *sistema político* identificado como «un sistema de interacciones, abstraídas de la totalidad de los comportamientos sociales, a través de las cuales los valores se asignan de modo imperativo para una sociedad»<sup>12</sup>.

El discurso de Easton, nutrido ampliamente con aportaciones antropológicas y sociológicas (en especial en lo que respecta a los conceptos de estructura y función), atento a las aportaciones de la cibernética más que de la economía, se mueve en búsqueda de los elementos que hagan al análisis de la política lo más «científico» posible. En este camino, el encuentro crucial se produce con el comportamentismo. Nacido y desarrollado en el estudio de la psicología, el comportamentismo en política se caracteriza por un lado por la insistencia que pone en la necesidad de observar y analizar los comportamientos concretos de los actores políticos (individuos, grupos, movimientos, organizaciones) y por otro por el recurso a (y la elaboración de) técnicas específicas tales como entrevistas, sondeos de opinión, análisis de contenido, simulaciones, hasta las más refinadas cuantificaciones. Según Easton, caminando en esta dirección es como el análisis de la política puede aproximarse a ser ciencia.

Ciencia es, en la visión comportamentista que se difundirá ampliamente en el contexto estadounidense, tener presente y tratar de conseguir los siguientes

<sup>10</sup> EASTON, D., *A Systems Analysis of Political Life*, Nueva York, Wiley, 1965, y *A Framework for Political Analysis*, Chicago, University of Chicago Press, 1965. Un capítulo del primero está traducido al castellano, en EASTON, D. (ed.), *Enfoques sobre teoría política*; Buenos Aires, Amorrortu, 1969 (cap. 7); la trad. castellana del segundo, *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.

<sup>11</sup> RUFFILLI, R. (ed.), *Crisi dello Stato e storiografia contemporanea*, Bolonia, Il Mulino, 1979.

<sup>12</sup> EASTON, D., *A Framework...*, op. cit.

objetivos: 1) descubrir las *regularidades* en los comportamientos políticos que se presten a ser expresadas en generalizaciones o teorías con valor explicativo y predictivo; 2) someterlos a *verificación*, lo que equivale a decir confrontarlos con comportamientos y actividades similares para probar su capacidad explicativa; 3) elaborar rigurosas *técnicas* de observación, recogida, registro e interpretación de datos; 4) proceder a la *cuantificación*, lo que quiere decir, en la medida de lo posible, «medir» los fenómenos a fin de obtener la mayor precisión; 5) mantener separados los *valores* de los hechos, en el conocimiento de que la valoración ética y la explicación empírica suponen dos tipos distintos de proposiciones, sin negar por esto al científico de la política que exprese proposiciones de ambos tipos; 6) proponerse la *sistematización* de los conocimientos adquiridos en una estrecha interconexión de teoría e investigación («la investigación no guiada por la teoría puede ser insignificante y la teoría no sostenible con datos puede ser improductiva»); 7) mirar a la *ciencia pura* ya que, aun cuando la aplicación del saber sea importante, la comprensión y la interpretación del comportamiento político preceden lógicamente a cualquier esfuerzo de aplicación y lo fundan sobre bases sólidas; 8) operar en la dirección de una *integración* entre las ciencias sociales, ya que «las investigaciones en el campo político pueden ignorar las conclusiones a que llegan las otras disciplinas sólo a costa de debilitar la validez y la generalidad de sus propios resultados. El reconocimiento de este lazo contribuirá a devolver a la ciencia política la posición que tenía en los siglos pasados y a volver a colocarla en el centro de las ciencias sociales».

Easton lleva a sus últimas consecuencias un proceso iniciado en torno a los años veinte de redefinición de la política y de alejamiento de las disciplinas humanísticas y de acercamiento a las ciencias naturales, casi de imitación paradigmática. Se podría hablar de una auténtica ruptura epistemológica en cuanto que la aplicación de los principios fundamentales del comportamentismo parece empujar en la dirección de una «cientificidad» desconocida para los anteriores cultivadores del análisis político y, por el otro lado, la disponibilidad de nuevos instrumentos y nuevas técnicas parecen favorecer la búsqueda de la «cientificidad». El resultado global de esta fase, en cambio, no se puede definir como de una mayor «cientificidad». En numerosos cultivadores de la ciencia política se manifiesta seguramente mayor atención en la elaboración de las hipótesis, en la recogida de datos, en la formulación de explicaciones: una necesidad más intensa de científicidad. En muchos otros, en cambio, las técnicas se imponen sobre las teorías (que siguen siendo pocas y como mucho de nivel medio) y aparece así la desastrosa tendencia al hiperfactualismo, a la recogida desordenada y sin sentido de datos cada vez más abundantes y a la medida prematura de fenómenos a menudo, o cada día más, irrelevantes. Así, al final de esta fase, la ciencia política corre incluso el riesgo de perder su recién conquistada autonomía, su especificidad de objeto y de método asediada como está por otras disciplinas y, en especial, por la *political economy*<sup>13</sup>.

Y, por último, bien porque se amplía considerablemente el número de casos (de sistemas políticos) que se pueden estudiar (tras el nacimiento de nuevos Estados que siguió a los procesos de descolonización) o bien porque se amplía el ámbito de la intervención del Estado en la sociedad civil (en la onda del keyne-

<sup>13</sup> LIPSET, S. M. (ed.), *Politics and the Social Sciences*, Nueva York, Oxford University Press, 1969, trad. castellana, *Política y Ciencias Sociales*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1971.

sianismo y del *welfare*), la política como actividad de «asignación imperativa de valores para una sociedad» se encuentra con que es no sólo sugerente, sino cada vez más importante. Y el análisis político debe hacer frente a nuevos problemas, a nuevos desafíos, a la expansión inesperada de su campo.

### 3. La situación actual

En una reconstrucción, aunque demasiado sintética, de los estudios politológicos al final de los años cincuenta, Gabriel Almond y Bingham Powell les reprochaban tres defectos fundamentales. En primer lugar, el *provincialismo*, lo que equivale a decir que el análisis de los sistemas políticos se había concentrado fundamentalmente en unos pocos sistemas del área europea occidental, en las grandes democracias (Gran Bretaña, Estados Unidos de América del Norte, Alemania y Francia) y en la Unión Soviética. En segundo lugar, el *descriptivismo*, es decir, que la mayor parte de los estudios se limitaban a describir las características de los sistemas políticos analizados sin ninguna preocupación teórica, sin ninguna ambición de elaborar teorías o de someterlas a la criba en el caso concreto, sin ningún intento de comparación explícita, seria, rigurosa. En tercer lugar, el *formalismo*, una excesiva atención a las variables formales, a las instituciones, a las normas y a los procedimientos, con total menoscabo del funcionamiento real de los sistemas políticos, de las interacciones entre estructuras, de los procesos, de los cambios. Salvo contadas excepciones, la ciencia política de los años cincuenta era por tanto fundamentalmente eurocéntrica, descriptiva y formalista.

Si Easton se esforzaba en la dirección del comportamentismo para conducirla a través del camino de la teorización y la cientificidad, Almond y Powell proponían en cambio moverse en la dirección de la política comparada y del desarrollo político<sup>14</sup>. La respuesta a la expansión del campo de la política debe ser la aceptación del desafío y la preparación de instrumentos con los que comparar los sistemas políticos y analizar sus procesos de formación, funcionamiento, cambio.

De alguna manera, las críticas de Almond y Powell daban más en el blanco en lo que se refería a la ciencia política estadounidense. De hecho, por un lado la ciencia política europea siempre había sido un poco menos formalista de lo que cabía pensar, en los clásicos estudios sobre la clase política y los partidos (de Ostrogorski a Michels), así como en el análisis de las formas de gobierno: de Friedrich a Finer<sup>15</sup>. Por otro lado, su interés por las estructuras formales, por las instituciones, por los procedimientos implicaba una peculiaridad irrenunciable del desarrollo histórico, al menos de la Europa continental en la que el Estado cuenta mucho más que en los Estados Unidos de América del Norte, una sociedad sin pasado feudal.

En cualquier caso, es cierto que la irrupción en la escena política de nuevos Estados fuera de la tradicional área de interés e influencia de la cultura occidental,

<sup>14</sup> ALMOND, G. A., y POWELL, B. G., *Comparative Politics. A Developmental Approach*, Boston, Little, Brown and Co., 1966, trad. castellana, *Política comparada: una concepción evolutiva*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

<sup>15</sup> FRIEDRICH, C. J., *Constitutional Government and Politics*, Nueva York, Harper and Row, 1932, trad. castellana, *Gobierno Constitucional y Democracia*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1974; FINER, H., *Theory and Practice of Modern Government*, Nueva York, Harry Holt and Co., 1949, trad. castellana, *Teoría y práctica del gobierno moderno*, Madrid, Tecnos.

tanto de la diáspora anglosajona como de la hispano-portuguesa, creó grandes problemas analíticos, obligando y haciendo posible a la vez la elaboración de paradigmas menos etnocéntricos, menos formalistas, menos descriptivos. Pero, naturalmente, lo que es posible no es practicable de inmediato. Así, para entender de veras lo que ocurre en la ciencia política al comienzo de los años sesenta es preciso retroceder algunos pasos hacia atrás y analizar los campos de especialización previos.

Las críticas a la producción global de los científicos políticos podían ser convincentes, pero existían algunas excepciones significativas de análisis no formalistas, no meramente descriptivos, aunque basados por supuesto en contextos nacionales europeos (ante la carencia de material válido proveniente de otros contextos). Los campos de análisis estaban constituidos por las organizaciones políticas más importantes, los partidos, por los procesos políticos más significativos, los electorales<sup>16</sup>, por los sistemas políticos nacionales o por comparaciones (como las de Friedrich y Finer).

Sin embargo, Almond y Powell habían dado en el clavo sugiriendo la existencia de una sustancial «idiosincrasia» para análisis comparado en ciencia política. Almond, pionero en este terreno, así como en el del desarrollo político, en sus primeros intentos sólo consiguió indicaciones de sentido común, criticables en muchos aspectos y en seguida criticadas. Vale la pena que nos detengamos en aquella clasificación que data de 1956, porque revela los límites de gran parte de la ciencia política de entonces, a pesar del esfuerzo por ir más allá. Almond<sup>17</sup> distingue cuatro tipos de sistemas políticos a partir de la calidad de la cultura política (de las orientaciones respecto al sistema y a los otros miembros del sistema) y de la presencia de grupos en competición (pluralismo): los sistemas políticos angloamericanos; los sistemas políticos continentales; los sistemas políticos pre-industriales; los sistemas políticos totalitarios. El inconveniente más claro de esta clasificación se encuentra en el hecho de que no es ni exhaustiva ni exclusiva. De hecho, según Almond, los sistemas políticos de Escandinavia y de los Países Bajos combinan características, tanto de los sistemas anglo-americanos como de los continentales, por lo que podrían ser ubicados en más de una clase (por tanto la clasificación no sería exclusiva) y al mismo tiempo no se encuadran en ninguna clase (por lo que no es exhaustiva).

El punto a subrayar no consiste tanto en las carencias de la clasificación propuesta por Almond cuanto más bien en el hecho de que incluso un intento que quiere superar los tradicionales inconvenientes se encontrase con el problema del etnocentrismo. De hecho son los sistemas políticos anglo-americanos los que, de alguna manera, constituyen el modelo con el que comparar los otros sistemas y diferenciarlos. Tendrá que pasar algún tiempo antes de que la clasificación de Almond fuera definitivamente refutada<sup>18</sup>. No obstante, a pesar de no pocos estudios todavía etnocéntricos consciente o inconscientemente, es indudable que, en el terreno de las comparaciones (y gracias a ellas), la ciencia política ha logrado evitar los más burdos errores del pasado, reconocer las diversidades y diferencias sin atribuir primacías (paradójicamente, a veces, «relativizando» en exceso la impor-

<sup>16</sup> STEGFRIED, A., *Tableau politique de la France de l'Ouest sous la Troisième République*, París, Colin, 1913.

<sup>17</sup> ALMOND, G. A., *Political Development. Essays in Heuristic Theory*, Boston, Little, Brown and Co., 1970.

<sup>18</sup> LIJPHART, A., *Typologies of Democratic Systems*, en «Comparative Political Studies», 1, 1968, pp. 3-44; y *Consociational Democracy*, en «World Politics», 21, 1969, pp. 207-224.

tancia y la posibilidad de la democracia, confundiendo la imitación de estructuras de los regímenes democráticos con la difusión de los procesos democráticos: las primeras tienen su propia historia y su propia especificidad irreductibles; los segundos poseen, en cambio, elementos —como la tutela y la promoción de los derechos civiles, políticos y sociales— que no sólo pueden, sino que deben generalizarse, si el objetivo es la creación de un régimen democrático).

Precisamente, junto a la política comparada, se hacía camino la exigencia de plantear un discurso riguroso de desarrollo político, es decir, de análisis de los procesos históricos mediante los cuales los distintos sistemas políticos se dieron una determinada configuración, de sus diferencias y de sus semejanzas. La literatura sobre el tema es muy amplia<sup>19</sup>; de especial importancia es el estudio de Stein Rokkan dedicado a Europa<sup>20</sup> que produjo un auténtico paradigma del desarrollo político. A partir de ese momento, es decir, desde el principio de los años sesenta a hoy, se dibujaron claramente las dos vías fundamentales por las que transcurre la ciencia política: modernización y desarrollo político y análisis político comparado.

Sin embargo, muchos de los estudios relativos al desarrollo político caen dentro de las críticas planteadas por Almond y Powell a la ciencia política tradicional: son etnocéntricos, descriptivos y a menudo formalistas (aunque, por supuesto, no «institucionalistas», puesto que, desgraciadamente, aún no están en condiciones de suministrar un buen análisis de las nacientes instituciones en muchos países del Tercer Mundo). Por otro lado, también en este terreno aparecen aportaciones importantes, con aspectos comparados, macrosociológicos y teóricos<sup>21</sup> capaces de colocar a la política en su puesto central en los procesos de desarrollo y de huir de la unilinealidad de demasiadas interpretaciones. Por otra parte, el sector de los estudios sobre desarrollo político, tras una fase de gran expansión, parece encontrarse desde hace algunos años en decadencia cuantitativa (y cualitativa). Ello parece que se debe fundamentalmente a dos tipos de factores. En primer lugar, a un menor interés global por los países del Tercer Mundo, una vez superado el estadio de la descolonización y de construcción de las instituciones. En segundo lugar, a una menor disponibilidad de fondos para investigaciones en este campo, que suelen ser costosas y muy laboriosas.

En cuanto a la política comparada, en gran medida ha conquistado el campo de la ciencia política tanto como método cuanto como contenido. Es decir, que la lección de los clásicos y la de los contemporáneos<sup>22</sup> han actuado de modo fecundo para impulsar en la dirección del análisis de sistemas políticos, de subsistemas (como los partidos, los sindicatos, las burocracias), de procesos (como los de toma de decisiones) que están fundados teóricamente y tienen un sustrato histórico. Por otra parte, algunos de los análisis comparados clásicos de hecho

<sup>19</sup> PASQUINO, G., *Modernizzazione e sviluppo politico*, Bologna, Il Mulino, 1970, trad. castellana, *Modernización y desarrollo político*, Barcelona, Nova Terra, 1974.

<sup>20</sup> ROKKAN, S., *Citizens, Elections, Parties. Approaches to the Comparative Study of Processes of Development*, Oslo, Universitetsforlaget, 1970.

<sup>21</sup> ZOLBERG, A., *Creating Political Order. The Party-States of West Africa*, Chicago, Rand McNally, 1966; MOORE, B., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press, 1966, trad. castellana, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, 1976; HUNTINGTON, S. P., *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1968.

<sup>22</sup> Para los clásicos, cfr. SMELSER, N. J., *Comparative Methods in the Social Sciences*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1976; para los contemporáneos, cfr. SARTORI, G., *La política comparada: premesse e problemi*, en «Rivista italiana di scienza politica», 1, 1971, pp. 3-66.

se efectuaron mediante grandes investigaciones internacionales, con sondeos de opinión<sup>23</sup>.

#### 4. Nuevas vías

Distinguir las dos vías fundamentales de la disciplina no significa de ninguna manera que se puede meter toda la ciencia política dentro de ellas ni que se agote en ellas. Así que la ciencia política en general y la ciencia política en los distintos países en que más se practica dan hoy una impresión global de pluralismo de enfoques, técnicas y métodos, de variedades y de temas e incluso de confusión de resultados. Debido a que está bastante consolidada, como nunca lo estuvo en su historia, la disciplina ya no está unificada ni es unificable bajo la égida de una interpretación, de una única teorización, de líneas uniformes de investigación.

A fin de poner orden en un campo que resulta amplísimo no sólo desde el punto de vista de sus cultivadores (fundamentalmente académicos, alrededor de veinte mil personas, de las que al menos las tres cuartas partes trabajan en los Estados Unidos), sino también desde el punto de vista de la producción de libros y artículos (existen numerosas revistas nacionales especializadas como la «American Political Science Review», fundada en 1906; la «Revue Française de Science Politique», fundada en 1950; el «British Journal of Political Science», fundado en 1970; la «Rivista italiana di scienza politica», fundada en 1971; una revista del *European Consortium for Political Research*, el «European Journal of Political Research», fundado en 1972; y la revista de la Asociación Internacional de Ciencia Política «International Political Science Review», fundada en 1979; además de numerosas revistas aún más especializadas, como, por ejemplo, el «Legislative Studies Quarterly» o «Armed Forces and Society» y revistas de carácter interdisciplinar, en Italia, por ejemplo, «Il Politico» y, entre las mejores en lengua inglesa, «World Politics» —N. del T.— se comprende fácilmente que sea necesario escoger una línea interpretativa o bien, al menos, utilizar algunos criterios analíticos lo suficientemente precisos y al mismo tiempo flexibles para no desdibujar demasiado las diferencias, por ejemplo nacionales, que en alguna medida siguen existiendo.

Un punto de partida útil consiste en combinar los objetivos que Easton asignaba al conductismo con los «cinco fragmentos en busca de unidad» que propone Dahl<sup>24</sup> después del éxito del conductismo. En orden creciente de complejidad de los objetivos y de su integración en el cuerpo de la disciplina, se puede partir de la *cuantificación*. Si había que dar una batalla para la introducción de técnicas cuantitativas, para la medición de los fenómenos políticos, para lograr un rigor analítico que condujera a explicaciones cuantificables, esta batalla está en gran medida ganada. Y, de alguna forma, la victoria puede incluso parecer excesiva. En la ciencia política, como testimonian la mayor parte de los artículos publicados en las revistas especializadas y sobre todo en la «American Political Science

<sup>23</sup> ALMOND, G. A., y VERBA, S., *The Civic Culture, Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, Princeton University Press, 1963, trad. esp., *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Euramérica, 1970; BARNES, S., y KAASE, M., et al., *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, Beverly Hills-Londres, Sage Publications, 1979.

<sup>24</sup> DAHL, R. A., *The Behavioral Approach in Political Science. Epitaph for a Monument to a Successful Protest*, en «American Political Science Review», 55, 1961.

N. del T.: En España cabe citar la *Revista de Estudios Políticos*, la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* y *Sistema*.

Review», está ya muy difundido el recurso a técnicas cuantitativas. La desconfianza hacia estas técnicas ha disminuido claramente, forman ya parte del bagaje profesional de muchos estudiosos y en medida creciente, casi generalizada de los más jóvenes. Al mismo tiempo, sin embargo, se ha visto claramente cómo con frecuencia la cuantificación sigue siendo prematura y el mero recurso a esas técnicas ha permitido pocos avances. En resumen, las técnicas están bien, son útiles, a veces indispensables, pero tienen el peligro de quedarse reducidas al análisis y a la solución de un número de problemas muy concretos si no están explícitamente ligadas a nuevas teorizaciones, o bien corren el peligro de dar respuestas a problemas poco importantes.

El segundo objetivo general, o fragmento en busca de unidad, se refiere a lo que Dahl define como *ciencia política empírica*. El conductismo tuvo el gran mérito de exigir de sus seguidores (aunque no todos fueran fieles al precepto y a la enseñanza) la búsqueda de constantes en los comportamientos políticos, la elaboración de generalizaciones a partir de las regularidades observadas, la comprobación de las generalizaciones elaboradas. La descripción de los fenómenos, acompañada de la recogida de datos, de su acumulación y posterior utilización, incluso en series diacrónicas, fue por supuesto más fácil y más propia de algunos campos (por ejemplo, el electoral que, en casi todos los países, está muy desarrollado, desde los Estados Unidos a Francia, de Gran Bretaña a los países escandinavos, de la República Federal Alemana a Italia)<sup>25</sup> y ha llevado a la formulación de teorías de alcance medio sobre el comportamiento electoral (por ejemplo, en el contexto estadounidense, acerca de la distinta importancia que tienen, en la determinación del comportamiento del voto, las variables de identificación partidista, candidato en liza, temáticas tocadas).

En cualquier caso, los análisis de los comportamientos electorales han permitido, y a veces incluso impuesto, aquella integración entre disciplinas que propugnaba Easton (además de ser particularmente susceptibles de tratamiento con técnicas estadísticas y métodos matemáticos). De hecho, por un lado la sociología, con la explicación de la estructura de clases de un determinado país o de una determinada región; por otro, la historia con la explicación de las modalidades de formación de determinados grupos, y por otro la psicología social contribuyen a plasmar interpretaciones profundas de los comportamientos electorales y de sus variaciones en el tiempo (incluso enriquecidas posteriormente por un estudio de las organizaciones partidistas en liza, de las modalidades de competición y de comunicación política). En conjunto, este sector de estudio, sus técnicas, sus resultados han avanzado tanto que ya no constituyen un objeto problemático en la disciplina representando, por lo tanto, uno de los sectores mayoritariamente seguidos e interesantes para la política de las democracias competitivas y, cabría añadir, uno de los sectores que se prestan más a una intervención operativa, de ingeniería de cambio de las reglas con el fin de conseguir determinados resultados, por ejemplo en la transición de un régimen autoritario a un régimen democrático, para garantizar representación y capacidad de decisión sin fragmentar el sistema de partidos.

Por último, y en relación con algunas tendencias a la cuantificación, la ciencia política empírica ha acentuado y consolidado el recurso a las técnicas empíricas de investigación, en todas sus variantes, desde la observación participante a la

<sup>25</sup> ROSE, R. (ed.), *Electoral Behaviour. A Comparative Handbook*, Nueva York, Free Press, 1974.

investigación de campo, de las entrevistas a los sondeos de opinión, de la recogida a la elaboración de datos ya disponibles, pero de manera fragmentaria y no sistemática. Sobre este punto, sin embargo, hay que señalar dos cambios importantes. El primero es que se ha abierto un debate metodológico, que afecta a todas las ciencias sociales, sobre qué es en realidad el método científico, y ello ha llevado a algún replanteamiento y a una mayor conciencia en el recurso a técnicas que tratan de traducir los postulados positivistas inmediatamente en programas de investigación, incluso cuantitativa. El segundo cambio es que la ciencia política empírica se ha asentado como objetivo de fondo. Pero, justamente, ha reducido su «agresividad» y convive hoy con otras perspectivas distintas (de manera más o menos fructífera, según los países y, por supuesto, los estudiosos).

Si la ciencia política empírica trata de identificar, describir, analizar y evaluar lo que existe, sin otras preocupaciones, coincidiría con el objetivo de crear una ciencia pura. Paradójicamente, en cambio, de la ciencia política empírica vienen poderosos estímulos al análisis aplicado. Se ha abierto así, recientemente, un nuevo campo de estudios definible en sentido amplio como *public policies* (análisis de las políticas públicas). Es este probablemente el sector que experimenta un mayor crecimiento en los años ochenta (como la modernización y el desarrollo político lo fueron en los años sesenta). Merece la pena que nos detengamos un poco en enunciar los elementos más importantes de este nuevo sector<sup>26</sup>.

El núcleo de estos estudios consiste en el análisis de los procesos de toma de decisión, en la descripción de los ordenamientos institucionales y de su influencia sobre los procesos de decisión, en la identificación de los participantes y de las coaliciones que pueden formar, en la evaluación de la incidencia y los efectos de las distintas coaliciones, de los llamados *policy networks* o *issue networks*, sobre las decisiones. En cualquier caso, los estudios de las políticas públicas, en la medida en que no estén pura y simplemente orientados a las soluciones de problemas concretos, inmediatos, contingentes (en cuyo caso el científico de la política se transformaría en técnico de intervención inmediata), pueden contribuir a la renovación de algunas problemáticas clásicas de la ciencia política. Por ejemplo, es indudable que, gracias a una refinada identificación y descripción de los participantes en los procesos de toma de decisión será posible plantear (y resolver) mejor el problema de la existencia o no de una clase política, de una elite política, de un complejo militar-industrial, de una partidocracia. También es probable que, gracias a los estudios de políticas públicas sea más fácil contemplar por dentro la problemática del neo-corporativismo (es decir, de la posibilidad de que gobiernos, sindicatos y asociaciones de empresarios concierten estrechamente, fuera del control parlamentario y de las instancias clásicas de la democracia representativa, grandes temas de política económica, industrial, social) y superar generalizaciones a menudo muy vagas y poco convincentes.

Por último, en alguna medida, los estudios de políticas públicas llaman la atención sobre la *importancia de la política* frente a no pocos y desmañados intentos de «anegar» la política en lo económico (como hace parte de un marxismo mal entendido y llevado a sus extremos) o en lo social (como desean algunas tendencias sociológicas bastante difundidas) e incluso frente a algunas concepciones políticas que quieren a la política autónoma y separada, no influida por pro-

<sup>26</sup> REGONINI, G., *Public Choice: una teoria per l'analisi delle politiche pubbliche*, en «Stato e Mercato», 4, 1984, pp. 299-328, y del mismo autor, *Le politiche sociali in Italia: metodi di analisi*, en «Rivista italiana di scienza politica», XV, 1985, pp. 335-377.

cesos económicos y sociales, encerrada en una torre de marfil desde la que dicta y guía los procesos sin sufrir más que de modo limitadísimo sus influencias recíprocas (no es ajeno a estos riesgos el mismo esfuerzo teórico de Easton).

En los estudios de políticas públicas, pues, la política cuenta mucho. Y, sin embargo, los mismos *policy studies* encierran dos riesgos. Por un lado, el de una interpretación reductiva de la política como conjunto de interacciones entre individuos, expertos, grupos y asociaciones, con escasa atención hacia las instancias estructurales y a las motivaciones ideológicas (y en ocasiones a la historia de esas interacciones). Por otro lado, el riesgo de estar hasta tal punto dominados por lo contingente, que no saben producir generalizaciones aplicables en otros contextos, en otros ámbitos, en otros ambientes (nacionales o transnacionales); el riesgo de una teorización incompleta o inexistente.

Cabe, por tanto, no estar satisfecho de los *policy studies* por dos tipos de razones. En síntesis, por su escasa consideración de la historia (de los individuos, de los grupos, de las instituciones en las que se crean y se confrontan los *policy networks*), y por su escasa inclinación teórica. Las dos insatisfacciones, por otra parte, se encontraban ya en el conductismo clásico. Y, de hecho, el tercer fragmento en busca de unidad es, según Dahl, el *uso de la historia*. «En su interés por analizar lo que *es*, el científico político conductista ha encontrado difícil hacer un uso sistemático de lo que *ha sido*»<sup>27</sup>. El tema, como se subraya oportunamente en el capítulo de Bartolini, se refiere no al recurso al método historiográfico, sino a la utilización del material ofrecido por la historia para el análisis político. Los años siguientes a la afirmación de Dahl han asistido a una clara mejoría de la situación<sup>28</sup>.

Debido a que, por razones obvias, la dimensión diacrónica de la ciencia política en cualquier caso se ha desarrollado menos que la dimensión sincrónica, entre los politólogos ha crecido la sensibilidad por la dimensión diacrónica, ha aumentado el reconocimiento de su importancia. El mismo hecho de que, si bien de manera no siempre sistemática, cuarenta años de investigaciones politológicas hayan producido una acumulación de datos e interpretaciones sin parangón en los veinte siglos anteriores, permite, a quien lo quiera, un mínimo, y a veces algo más, de profundización histórica, de identificación de un campo significativo (lo que conduce, entre otras cosas, a útiles comparaciones interdisciplinarias)<sup>29</sup>.

Queda planteado el problema de la relación entre los *estudios de políticas públicas* y la teoría general en ciencia política. Exagerando un poco cabría naturalmente recordar que la flor y nata de los científicos políticos del pasado desde Maquiavelo a Hobbes, de Locke a John Stuart Mill (y con ellos muchos otros científicos sociales) se han ocupado como *policy makers* de los problemas de la creación del orden político, de la construcción del Estado, del mantenimiento, de la ampliación y del funcionamiento de la democracia representativa y, al mismo tiempo, han elaborado teorías generales de la política a las que aún hoy cabe (y se debe) referirse con provecho. No existe, pues, una implícita e incurable con-

<sup>27</sup> DAHL, R. A., *The Behavioral Approach...*, op. cit., p. 71.

<sup>28</sup> ALMOND, G. A.; FLANAGAN, S. C., y MUNDT, R. S. (eds.), *Comparative Politics. A Developmental Approach*, Boston, Little Brown and Co., 1973; LINZ, J. J., *Un secolo di politica e di interessi in Spagna*, en S. BERGER (ed.), *Organizing Interests in Western Europe*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981.

<sup>29</sup> TILLY, C. (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975; GREW, R. (ed.), *Crises of Political Development in Europe and in the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1978.

tradición entre el *policy making* y la teoría general. Así, de las preocupaciones por lo que se debe, y se puede hacer, pueden surgir las necesidades teóricas, los interrogantes teóricos y, por último, la propia teorización.

Dahl<sup>30</sup> sostiene a este respecto (y lo demuestra con sus profundos estudios sobre la naturaleza y el cambio de los regímenes democráticos) que «si el estudio de la política no nace y no está orientado por teorías generales amplias, valientes, aunque muy vulnerables, estará destinado al desastre definitivo de caer en la banalidad»<sup>31</sup>. Esta opinión es ampliamente compartida, sobre todo por los críticos internos y externos de la ciencia política. Pero tan difundido está también el escepticismo sobre las posibilidades concretas de «lanzar» teorías generales amplias y valientes. De modo que hoy parecen particularmente ingenuas o bien sólo optimistas afirmaciones como la de William Mitchell<sup>32</sup>: «La teoría se hará cada vez más lógico-deductiva y matemática. A partir de su contenido haremos cada vez más uso de la teoría económica, de la teoría de los juegos, de la teoría de las decisiones, de la economía del bienestar y de la teoría de la finanza pública. Asistiremos a una proliferación de modelos de sistemas políticos análogos a los tipos de economías y de mercados. Igual que los economistas empezaron con los extremos opuestos de la competencia perfecta y del monopolio, así los teóricos políticos procederán, a partir de los modelos de la democracia y de la dictadura a combinaciones análogas a la competencia monopolista, al duopolio y al oligopolio. Al principio los modelos se construirán sin datos empíricos como ocurre en la economía; después llegará una generación de críticos no especialistas y de «econometras políticos» que someterán a comprobación las relaciones entre teorías y datos».

Esta previsión puede parecer ingenua y optimista; sin embargo, está aún dentro de las posibles evoluciones futuras. Es notable no sólo la indicación de las modalidades específicas de hacer teoría, y de hacer teoría general, sino la sugerencia de seguir la vía de la *political economy* (es decir, en pocas palabras, de un estudio integrado que combine variables económicas y variables políticas). Es verdad que los críticos tienen ya trabajo con poner de relieve los inconvenientes de las teorizaciones en economía, sus inadecuaciones visibles frente a los nuevos fenómenos. Y, sin embargo, al menos en un aspecto ha habido avances que pueden confortar a cuantos piensan como Mitchell: la creciente e indisoluble interpenetración de la esfera política con la esfera económica (y las correspondientes referencias, clarísimas en el texto de Mitchell, al keynesismo y al *welfare* —a los dos grandes retos para la autonomía y la importancia de la política y de la disciplina que la estudia).

Es poco probable que Dahl tuviese en mente tales derroteros. Aunque, como buen colaborador y coautor de uno de los mayores representantes de la *political economy*, Charles Lindblom, Dahl era seguramente consciente de la practicabilidad concreta de tales derroteros, y también de su fecundidad. Pero la directriz que señaló, en el lejano 1961, el quinto fragmento en busca de unidad, era la *especulación teórica*. Y es a lo largo de esta directriz donde la ciencia de la polí-

<sup>30</sup> DAHL, R. A., *Pluralist Democracy in the United States*, Chicago, Rand McNally, 1967; y del mismo autor, *A Preface to Economic Democracy*, Berkeley, University of California Press, 1985 a; y *Controlling Nuclear Weapons. Democracy versus Guardianship*, Syracuse, Syracuse University Press, 1985 b.

<sup>31</sup> DAHL, R. A., *The Behavioral Approach...*, op. cit., p. 72.

<sup>32</sup> MITCHELL, W. J., *The Shape of Political Theory to Come: From Political Sociology to Political Economy*, en LIPSET, S. M. (ed.), *Politics and the Social Sciences*, op. cit., p. 129.

tica en realidad no ha dado grandes pasos hacia adelante, permaneciendo así criticable y criticada. Vale la pena profundizar en el tema porque refiriéndose a su tratamiento es posible evaluar mejor la evolución pasada, presente y futura de la ciencia política.

## 5. Ciencia política y teoría política

Para que la especulación teórica pueda manifestarse y expresarse cabalmente, son necesarias tres operaciones complejas y multiformes. Para saber dónde está hoy la ciencia política, cómo ha llegado allí, hacia dónde se encamina, hay que realizar estas tres operaciones.

La primera es fácil de definir. Si la ciencia política quiere afrontar bien pertrachada: la especulación teórica tiene que confrontarse con (y redefinirse con respecto a) la filosofía política. La rica y abigarrada tradición de pensamiento de la filosofía política contiene al menos cuatro significados: a) búsqueda de la *mejor forma de gobierno* o de la óptima república; b) búsqueda del *fundamento del Estado* y la consiguiente justificación (o no justificación) de la obligación política; c) búsqueda de la *naturaleza de la política* o mejor de la «politicidad», y la consiguiente distinción entre política y moral; d) *análisis del lenguaje político* y metodología de la ciencia política<sup>33</sup>. Sólo el último de estos significados caracteriza a una «filosofía política» que quiera encontrarse con la ciencia política. De hecho, los otros tres significados carecen al menos de una las componentes que Bobbio considera indispensables para fundar una ciencia política empírica (y precisamente. la búsqueda de la mejor forma de gobierno no es ni pretende ser *evaluativa*, sino todo lo contrario; la búsqueda del fundamento del estado no es *explicativa*, sino justificativa; la investigación de la naturaleza de la política se sustrae a cualquier posible *verificación empírica*).

Sin embargo, es interesante hacer notar cómo las diferentes tradiciones de ciencia política que se han radicado en cada país europeo y en los Estados Unidos provienen, precisamente, de un cierto modo de posicionarse respecto a algunos de los significados que Bobbio considera centrales para las corrientes de la filosofía política. Por ejemplo, el historicismo y el idealismo alemanes operando en una tradición cultural también fuertemente impregnada por el derecho (y marcada por el peso de las instituciones) han impulsado a la ciencia política en la dirección de una interpretación de los fenómenos políticos, en cada caso, como un deber ser, la búsqueda de una esencia, de una concepción totalizadora. Mientras lentamente se desarrollaba una obra de emancipación, iniciada por la sociología de Weber, y después una obra de renovación intentada por la Escuela de Frankfurt (en cuyo interior se hicieron camino no pocos politólogos de fama, el más importante de los cuales se puede considerar Otto Kirchheimer)<sup>34</sup> se abatió sobre las ciencias sociales y sobre la propia Alemania la represión nazi. Así que el renacimiento de las ciencias sociales alemanas presenta una doble cara<sup>35</sup>: por un lado,

<sup>33</sup> BOBBIO, N., *Considerazioni sulla filosofia politica*, en «Rivista italiana di scienza politica», 1, 1971, pp. 367-379, p. 367.

<sup>34</sup> JAY, M., *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, Boston, Little, Brown and Co., 1973, trad. castellana, *La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus, 1974.

<sup>35</sup> LEPSIUS, M. R., *Sociology in Germany and Austria 1918-1945: The Emigration of the Social Sciences and Its Consequences; The Development of Sociology in Germany after the*

la reimportación de métodos e interrogantes que la diáspora de los científicos sociales alemanes llevó consigo a un ambiente receptivo, pero también muy diferente culturalmente, como los Estados Unidos; por otro lado, el resurgir de una tradición indígena, todavía con ambiciones de teorías generales de la sociedad (al estilo Habermas) y totalizantes. Aún moviéndose de manera creciente en dirección empírica, la ciencia política alemana lleva consigo una tendencia a la teorización muy intensa que la hace única en el panorama dominante.

En Francia la tradición más fuerte no parece haber sido ni la de una filosofía política global ni la de una prescripción de mundos mejores. Si es lícito generalizar combinando a los ilustrados con Montesquieu y Tocqueville como padres de la ciencia política francesa, de la misma manera que los historiadores a lo Thiers y después con la escuela de los Annales, de ello surge una ciencia política francesa que a veces es esencialmente historia política, historia de las instituciones, no muy inclinada hacia la investigación empírica, en ocasiones provinciana, a veces filosofante, en conjunto marginal en la escena mundial, y sin la influencia que los historiadores y estructuralistas franceses han sabido ejercer.

Si la filosofía analítica, la reflexión sobre el lenguaje y el método constituyen los campos de investigación más propios de la ciencia política y de los tres presupuestos científicos de la explicación, la verificación y la evaluación, encuentran un terreno fértil en Gran Bretaña y más en general en el mundo anglosajón (y escandinavo). Sin grandes ambiciones teóricas, pero con solidez, la mejor parte de la ciencia política británica sigue las huellas de John Stuart Mill en la descripción de fenómenos, procesos, instituciones políticas, en el análisis de la democracia con no pocas inspiraciones fabianas, progresistas. Cuantitativamente superada por la ciencia política estadounidense, la ciencia política británica conserva sin embargo el terreno de investigaciones serias, bien planteadas, maduras analíticamente (y lo mismo cabe decir de los politólogos escandinavos que logran fundir de la mejor manera algunas tradiciones culturales «continentales», sobre todo el análisis institucional, y algunas tradiciones culturales anglosajonas, la investigación empírica y la filosofía analítica hasta fundirlas en su máximo nivel en la obra de Stein Rokkan).

Interrumpida bruscamente por la llegada del fascismo, pero un poco heterogénea, no muy arraigada y aún frágil, la ciencia política italiana puede referirse a un pasado conocido e importante y a los nombres de Maquiavelo, Mosca, Pareto y Michels. Pero si las tradiciones culturales cuentan, entonces el peso del derecho por un lado y la influencia de la filosofía idealista por otro (que se manifiestan en la abierta oposición de Benedetto Croce a la sociología, «inferma scienza») son los principales responsables de haber retrasado la evolución de la ciencia política italiana que sólo a finales de los años sesenta comienza su arraigo académico y su profesionalización, lenta y desigual. Una historia que es breve, que está sellada por intensas relaciones con la cultura estadounidense y que corre el riesgo, para muchos de nosotros, de ser y convertirse en un conjunto de rupturas autobiográficas. A nivel de intento, en cualquier caso, la ciencia política italiana parece buscar un justo equilibrio entre la investigación empírica y la teorización, sin caer en la simple historia política y sin rozar las teorizaciones abstractas.

El tema se complica mucho más en lo que se refiere a los Estados Unidos. La ciencia política en ese país es por un lado una empresa cultural relativamente

reciente (casi un siglo, con todo) pero continua, y por otro, es practicada por un número de estudiosos que es superior a la suma de todos los existentes en los demás países. Además, es continuo el examen al que la ciencia política estadounidense está sometida<sup>36</sup> o se somete<sup>37</sup>; las tendencias están muy diversificadas, grandes son las diferencias. De modo que es especialmente difícil dar un juicio sintético de la ciencia política estadounidense incluso aunque sea sólo desde el punto de vista de sus relaciones con la filosofía política y con la especulación teórica.

Para comprender la dinámica y la evolución de la ciencia política en los Estados Unidos de América del Norte, de hecho, no basta contemplar las tradiciones culturales. En pequeña medida la influencia alemana del formalismo jurídico e institucional marca los orígenes de la ciencia política estadounidense, pero el elemento más característico es la filosofía empírica y pragmática de Dewey y, después, el encuentro con todas las otras ciencias sociales empezando por la psicología behaviorista. En síntesis, la ciencia política estadounidense es netamente empírica, orientada a la solución de los problemas políticos más urgentes (en especial en el sector de las relaciones internacionales), poco inclinada a la teorización, ligada al modelo de democracia de su país, definible como lockeano (y hasta demasiado tradicional en una sociedad post-industrial, y por tanto sometido a no pocas tensiones). Dicho esto, sin embargo, sintetizar las investigaciones y publicaciones de cerca de dieciséis mil politólogos fundamentalmente activos en ámbitos universitarios es una operación absolutamente imposible. Las tendencias dominantes pueden también reflejar un período que ya ha pasado; las tendencias emergentes no están aún consolidadas y está bastante extendida una cierta insatisfacción, precursora de cambios. Cabe prever un retorno a las reflexiones teóricas, pero no un abandono de la investigación empírica, el verdadero caldo de cultivo de la ciencia política estadounidense, para bien y para mal. Acaso el problema más grave se refiera a la superación de una evaluación incorrectamente interpretada y que ha acabado por ser una aceptación acrítica y una nueva propuesta del modelo americano de democracia, achatado y sin la fuerza impulsiva de sus contradicciones entre igualdad y libertad, entre igualdad de oportunidades e igualdad de resultados<sup>38</sup>.

Si cada ciencia política nacional ha tenido que confrontarse y redefinirse al contacto con sus propias y peculiares tradiciones de filosofía política nacional, también es verdad que para cada una de ellas, y para la ciencia política en su conjunto, existe el problema de la relación que hay que establecer (y alimentar) con los clásicos del pensamiento político. Desde cualquier punto de vista que se

<sup>36</sup> CRICK, B., *The American Science of Politics. Its Origins and Conditions*, Berkeley, University of California Press, 1959; RICCI, D. M., *The Tragedy...*, op. cit.

<sup>37</sup> DE SOLA POOL, I. (ed.), *Contemporary Political Science. Toward Empirical Theory*, Nueva York, McGraw-Hill, 1967; IRISH, M. D. (ed.), *Political Science. Advance of the Discipline*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1968; EULAU, H., y MARCH, J. G. (eds.), *Political Science*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1969; WALDO, D., *Political Science. Tradition, Discipline, Profession, Science, Enterprise*, en F. I. GREENSTEIN y N. W. POLSBY (eds.), *Handbook of Political Science*, Reading Mass., Addison-Wesley, 1975, vol. 1, pp. 1-130; FINIFTER, A. (ed.), *Political Science, The State of Discipline*, Washington D. C., American Political Science Association, 1983.

<sup>38</sup> McCLOSEY, H., y ZALLER, J., *The American Ethos. Public Attitudes Toward Capitalism and Democracy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984; VERBA, S., y ORREN, G., *Equality in America. The View from the Top*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1985.

mire, ésta es una relación difícil<sup>39</sup>. Los clásicos se pueden sencillamente embalsamar, manteniendo que los mejores de ellos han sabido plantear los interrogantes cruciales, aunque imperecederos, acerca de la política (tanto como forma de reflexión teórica o como actividad empírica). Y después liquidarlos con la afirmación de que, no sólo han cambiado los tiempos y los lugares, sino que también han cambiado los métodos y las técnicas, que la ruptura epistemológica que se da en todas las ciencias alrededor de comienzos de este siglo separa claramente la reflexión politológica posterior de la que habían desarrollado los clásicos.

Sin embargo, también el que sostiene la posibilidad de una utilización efectiva y eficaz de los clásicos de la política tiene no pocos problemas para asignarles un papel bien definido. Ya que la discusión parece claramente abierta en la ciencia política estadounidense, dos citas pueden servir de ejemplo de las posiciones y los problemas respectivos. «Los clásicos de la filosofía política, por tanto, nos invitan a compartir la gran aventura de la mente y del espíritu continuando la investigación de sus autores por una ampliación de la perspectiva y una profundización del conocimiento. No se pide "imitar" a estos autores de una manera mecánica ni "competir" con ellos en una vana búsqueda de gloria, sino reproducir con la meditación las experiencias interiores en las que se basaron los clásicos y proyectar intentos originales de elaboración de símbolos que guíen al hombre contemporáneo en su atormentado viaje»<sup>40</sup>.

«La teoría política clásica sigue definiendo muchos de los problemas fundamentales, dando forma a los interrogantes críticos y ofreciendo los conceptos cruciales que inspiran y directa o indirectamente guían a los estudiosos en la ciencia política, incluidos los que son más conscientemente científicos. Análisis del comportamiento electoral, sondeos por muestreo y datos agregados que se refieren a categorías de los sistemas políticos, así como también estudios de la ejecución de las políticas públicas pueden reconocerse casi siempre como dirigidos a temáticas que ya fueron identificadas como significativas en la teoría política clásica»<sup>41</sup>.

Si de la primera cita es poco probable que se obtengan indicaciones operativas de investigación y reflexiones que tengan realmente una conexión con la ciencia política (pero, probablemente, su autor quiere sugerir en cambio una modificación de tendencia), la segunda es por lo menos la expresión de un *wishful thinking*, de un deseo piadoso. Ambas, sin embargo, muestran una considerable insatisfacción con el estado de las relaciones entre ciencia política y los clásicos de la teoría política. Y las raras y rápidas referencias a los clásicos (Aristóteles y Tucídides, Hobbes y Locke, Tocqueville y Mill) no cambian la esencia de las cosas: la ciencia política contemporánea no ha encontrado aún el modo de «recuperar» a fondo el pensamiento de los clásicos. Ni, por otra parte, los historiadores del pensamiento político ni los filósofos políticos contemporáneos han logrado reformular las contribuciones de los clásicos de modo que las hagan importantes y utilizables. En lugar de un enriquecimiento mutuo, se llega a una rara batalla por la defensa de las fronteras de las disciplinas, o por la conquista de mayores espacios académicos,

<sup>39</sup> GERMINO, D., *The Contemporary Relevance of the Classics of Political Philosophy*, en F. I. GREENSTEIN y N. W. POLSBY (eds.), *Handbook of Political Science*, op. cit., vol. 1, pp. 229-281.

<sup>40</sup> GERMINO, D., *The Contemporary Relevance...*, op. cit., p. 262.

<sup>41</sup> BLUHM, W. T.; HERMANN, M. G.; MURPHY, W. M.; NELSON, J. S., y PYE, L. W., *Political Science and the Humanities: A Report of the American Political Science Association*, en «Political Science», 18, 1985, pp. 247-259, p. 252.

acompañada del repliegue sobre el terreno ya batido y seguro de la investigación estrechamente disciplinaria. Todo ello favorecido por la dificultad de dominar a la vez los clásicos, los contemporáneos, las nuevas técnicas de investigación y el análisis.

Queda así planteado el problema de qué significa en realidad hacer teoría política en la ciencia política contemporánea. Si las respuestas de Germino y del grupo de politólogos de la American Political Science Association son, por diferentes razones, inadecuadas, ¿existen otras respuestas más satisfactorias? ¿Existen itinerarios teóricos suficientemente iluminados? ¿Hay propuestas motivadas y lo suficientemente compartidas? Probablemente no; pero explorar los problemas planteados contribuye a definir mejor el campo de la disciplina y a definir sus posibles perspectivas de desarrollo.

Una primera dificultad se presenta a quien intenta llevar a cabo esta exploración: no existe una concepción aceptada por todos de lo que significa (y deba ser) «teoría política». De manera probablemente correcta se cotejan más modos de hacer teoría y más teorías. La distinción más clara pasa entre la teoría weberianamente entendida como ese conjunto de empatía y comprensión definido como *Verstehen* y la teoría positivista específicamente definida, por ejemplo, por Kaplan<sup>42</sup>. Según este autor, una teoría es un «sistema de leyes», y existen dos tipos generales de teorías: *concatenadas* y *jerárquicas*. En las primeras, las leyes que las componen entran «en una red de relaciones tales que constituyen una configuración y un módulo (*pattern*) identificable». En las segundas, las leyes que las componen son presentadas como «deducciones de un pequeño conjunto de principios fundamentales»<sup>43</sup>. Y no existe una opción teórica precisa y unívoca en ciencia política.

Dando por supuesto que la gran mayoría de los politólogos piensan que lo más que pueden hacer es operar para producir teorías de alcance medio (por ejemplo en el campo del comportamiento electoral, en el análisis de los partidos políticos, en el terreno de los estudios sobre el Parlamento y sobre la representación política), y no una teoría general de la política, muchos actúan buscando conscientemente el mantener abierta la vía de la teorización general. Pero, para encaminarse a lo largo de esa vía, resulta indispensable disponer de un aparato conceptual unificante y compartido.

Por el momento, la competencia entre aparatos conceptuales es muy intensa, tanto que un estudioso ha hablado de *dispersión*<sup>44</sup> en el campo de la teoría política. Según algunos, una teoría general del *poder* podría constituir aún la aspiración de la teoría política; según otros, se podría hacer revivir una teoría general del *Estado* (pero, *contra*)<sup>45</sup>; también según otros, el concepto central debe seguir siendo el elaborado por Easton entre los años cincuenta y sesenta de *sistema* (político) que tendría también la ventaja de permitir conexiones eficaces y duraderas con las otras ciencias sociales; para otros, por último, el concepto crucial de la teoría política puede ser el de *decisión*. En concreto Riker<sup>46</sup> sugiere que la nueva teoría política deberá definirse como *heresthetics* «estudio de la estrategia de la

<sup>42</sup> KAPLAN, A. (1964).

<sup>43</sup> KAPLAN, A. (1964, pp. 297-298).

<sup>44</sup> GUNNELL, J. G., *Political Theory: the Evolution of a Sub-Field*, en FINIFTER, A. (ed.), op. cit., pp. 3-45.

<sup>45</sup> EASTON, D., *The Political System Besieged by the State*, en «Political Theory», 9, 1981, pp. 303-325.

decisión» y que su objeto consistirá en la identificación «de las condiciones para un equilibrio de las preferencias».

En conjunto, es en especial en el ámbito de las relaciones entre ciencia política y teoría política donde podría decirse que es válida mayormente la bella imagen de Otto Neurath referente a la empresa científica. Estamos sobre una nave en alta mar y tenemos que proceder a reparaciones tan frecuentes como importantes sin detenernos y sin volver a tierra firme. La ciencia y la teorización no proceden por acumulación de datos y de investigaciones, pues, sino a través de sustituciones tales que puedan al final cambiar la estructura misma de la nave, de las teorías. Y en lo que respecta más específicamente a la ciencia política al final de los años ochenta parece difícil negar que, junto a un gran cúmulo de datos y de investigaciones, a un buen trabajo sobre teorías de alcance medio, se deba encontrar un repliegue teórico total. Que se trate de un «reculer pour mieux sauter», sólo de tomar impulso para superar los obstáculos que se interponen a la formulación de audaces e innovadoras teorías, quizás. Pero el pluralismo de los conceptos parece sugerir más bien dispersión y fragmentación que una síntesis teórica general *in progress*.

## 6. La utilidad de la ciencia de la política

Desde hace unos años acá, y en el fondo de manera recurrente, está de moda hablar de «crisis»: crisis de gobernabilidad, crisis de la política, crisis de las ciencias sociales. No es el caso de asumir actitudes complacientes por el hecho de que no existen volúmenes o artículos de científicos políticos en los cuales se lamente «la crisis de la ciencia política». Es cierto que recientemente se ha escrito de «tragedia de la ciencia política»<sup>47</sup>, pero, paradójicamente, la tragedia consiste en haber alcanzado un puesto académico, de importancia, profesionalizado y, dentro de lo posible, conectado a la *scholarship* entendida como combinación de investigación y teoría, más que a la enseñanza de la democracia.

No es que los politólogos contemporáneos no compartan de modo claramente mayoritario una orientación favorable a la democracia como forma de gobierno (y no se ejerciten a menudo en un *thoughtful wishing*, en presagios informados del pensamiento para que la democracia se realice). Pero la madurez de la ciencia política está unida al reconocimiento de la no unilinearidad de los procesos mediante los cuales se llega a los regímenes democráticos (como lo destaca Morlino en su capítulo), a la diversidad de los ordenamientos posibles (como revela Cotta en sus capítulos), a la variabilidad de las formas y los contenidos, al pluralismo en y de las democracias. En cualquier caso se podría sostener que la ciencia política contemporánea está en disposición de dominar la complejidad de los sistemas políticos actuales.

E incluso partiendo de esta simple constatación, cabe decir que la ciencia política contemporánea parece capaz de dominar la complejidad, que se puede ofrecer un cuadro de sistemas de la disciplina hoy. En primer lugar, la diversidad de las perspectivas y de las aportaciones se revela más como un elemento de riqueza, como un bienvenido y agradable pluralismo, que como fragmentación del campo

<sup>46</sup> RIKER, W. H., *Political Theory and the Art of Heresthetics*, en FINIFTER, A. (ed.), op. cit., pp. 47-67.

<sup>47</sup> RICCI, D. M., *The Tragedy...*, op. cit.

analítico y teórico. La ausencia de un paradigma predominante permite la continuación de un debate intelectual, de un desafío de ideas que se anuncian fecundas. En segundo lugar, la expansión de las investigaciones, incluso de las más operativas, permite la adquisición de nuevos datos y la elaboración de nuevas hipótesis. A la expansión de la política, de su presencia y de su importancia corresponde la expansión de la ciencia política y por tanto del estudio sistemático y empírico de los fenómenos políticos. La investigación parece haber superado el estadio del hiperfactualismo y la teoría parece evitar los excesos de las elaboraciones abstractas. En tercer lugar, la disciplina no sólo parece consolidada académicamente, sino que ya no se discute su utilidad social. Así, se manifiesta una necesidad de ciencia política como de aquella rama de las ciencias sociales capaz de formular y sistematizar conocimientos específicos en materia de fenómenos políticos, de instituciones y de movimientos, de procesos y de comportamientos. Por último, la ciencia política ha logrado decididamente colocar las variables políticas en el centro de todo análisis de los sistemas políticos.

Abandonando las pretensiones voluntaristas («la política al puesto de mando») y las afirmaciones normativas («la política es la más importante actividad humana»), la ciencia política contemporánea ha sabido documentar convincentemente la importancia crucial de las variables políticas en las colectividades organizadas. Sin triunfalismos, ha aparecido la conciencia de que el funcionamiento de los sistemas políticos no se puede explicar si no se poseen técnicas analíticas propias, que no se pueden comprender sus transformaciones si no se utilizan instrumentos adecuados, que no se puede introducir ningún cambio deseado si no se recurre a ese cuerpo de conocimientos, también operativos, que la ciencia política ha elaborado y sigue elaborando.

En la constante, probablemente perenne, interacción entre la redefinición de sus objetos y la revisión de sus métodos, en contacto con las innovaciones en los distintos sectores de la ciencia, el análisis político contemporáneo tiende a reincorporar en su interior las contribuciones fundamentales de los clásicos, así como las aportaciones de los estudiosos de hoy. Actualmente no somos «mejores» como politólogos que algunos grandes pensadores del pasado. Pero hemos adquirido mayor conciencia de los problemas. Sabemos que hay que ser más sistemáticos, menos normativos, más atentos en la construcción de hipótesis y en la formulación de generalizaciones. Todo esto puede no ser suficiente, pero sin ello, sin embargo, no existe ciencia de la política. Y, por consiguiente, resultan más difíciles tanto la reflexión teórica como aquella actividad práctica que históricamente han permitido a las colectividades organizadas plasmar su propio destino<sup>48</sup>.

## Referencias bibliográficas

- ALMOND, G. A., *Political Development. Essays in Heuristic Theory*, Boston, Little, Brown and Co., 1970.
- , FLANAGAN, S. C., y MUNDT, R. S., *Crisis, Choice and Change. Historical Studies of Political Development*, Boston, Little, Brown and Co., 1973.
- , y POWELL, B. G., *Comparative Politics. Developmental Approach*, Boston, Little, Brown and Co., 1966; trad. castellana, *Política Comparada: una concepción evolutiva*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

<sup>48</sup> PASQUINO, G., *La complessità della politica*, Bari, Laterza, 1985, y *La scienza politica e la sfida della complessità*, en G. BOCCHI y M. CERUTI (eds.), *La sfida della complessità*, Milán, Feltrinelli, 1985.

- , *Comparative Politics. Systems, Process and Policy*, Boston, Little, Brown and Co., 1978.
- , y VERBA, S., *The Civic Culture, Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, Princeton University Press, 1963; trad. castellana, *La cultura cívica*, Madrid, Euroamericana, 1970.
- BARNES, S., KAASE, M., et al., *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, Beverly Hills-Londres, Sage Publications, 1979.
- BARRY, B., *Power and Political Theory*, Londres, Wiley, 1976.
- BLUHM, W. T., *Theories of the Political System. Classics of Political Thought and Modern Political Analysis*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1965.
- , HERMANN, M. G., MURPHY, W. F., NELSON, J. S. y PYE, L. W., *Political Science and the Humanities: A Report of the American Political Science Association*, en «Political Science», 18, 1985, pp. 247-259.
- BOBBIO, N., *Saggi sulla scienza politica in Italia*, Bari, Laterza, 1969.
- , *Considerazioni sulla filosofia politica*, en «Rivista italiana di Scienza politica», 1, 1971, pp. 367-379.
- BRECHT, A., *Political Theory: The Foundations of Twentieth Century Political Thought*, Princeton, Princeton University Press, 1959; trad. castellana, *Teoría política: Los fundamentos del pensamiento político del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1963.
- CARNOY, M., *The State and Political Theory*, Princeton, Princeton University Press, 1984.
- CRICK, B., *The American Science of Politics. Its Origins and Conditions*, Berkeley, University of California Press, 1959.
- DAHL, R. A., *The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest*, en «American Political Science Review», 55, 1961; trad. italiana en G. SARTORI, *Antologia di scienza politica*, Bologna, Il Mulino, 1970, pp. 65-73.
- , *Pluralist Democracy in the United States*, Chicago, Rand McNally, 1967.
- , *A Preface to Economic Democracy*, Berkeley, University of California Press, 1985a.
- , *Controlling Nuclear Weapons. Democracy Versus Guardianship*, Siracusa, Syracuse University Press, 1985b; trad. italiana en preparación.
- DE SOLA POOL, I., *Contemporary Political Science. Toward Empirical Theory*, Nueva York, McGraw-Hill, 1967.
- DEUTSCH, K. W., *The Nerves of Government. Models of Political Communication and Control*, Nueva York, Free Press, 1963; trad. italiana, *I nervi del potere*, Milán, Etas Kompass, 1972.
- EASTON, D., *Political Anthropology*, en B. SIEGEL, «Biennial Review of Anthropology», Stanford, Stanford University Press, 1959, pp. 210-262.
- , *The Political System. An Inquiry into the State of Political Science*, Nueva York, Knopf, 1953; trad. italiana, *Il sistema politico*, Milán, Comunità, 1963.
- , *The Political System Besieged by the State*, en «Political Theory», 9, 1981, pp. 303-325.
- , *A Framework for Political Analysis*, Chicago, Chicago University Press, 1965b; trad. española, *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.
- EULAU, H., y MARCH, J. G., *Political Science*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1969.
- EVANS, P.; RUESCHMEYER, D., y SKOCPOL, T. (eds.), *Bringing the State Back In*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985.
- FINER, H., *Theory and Practice of Modern Government*, Nueva York, Harry Holt and Co., 1949; trad. castellana, *Teoría y práctica del Gobierno moderno*, Madrid, Tecnos.
- FINIFTER, A. (ed.), *Political Science. The State of the Discipline*, Washington, D. C., American Political Science Association, 1983.
- FRIEDRICH, C. J., *Constitutional Government and Politics*, Nueva York, Harper and Row, 1932 (Constitutional Government and Democracy, Waltham Mass, Blaisdell, 1968, 4.ª ed.); trad. castellana, *Gobierno Constitucional y Democracia*, Madrid, CEC, 1975.
- GERMINO, D., *The Contemporary Relevance of the Classics of Political Philosophy*, en F. I. GREENSTEIN y N. W. POLSBY, *Handbook of Political Science*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1975, vol. 1, pp. 229-281.
- GREW, R. (ed.), *Crises of Political Development in Europe and the United States*, Princeton, Princeton University Press, 1978.

- GUNNELL, J. G., *Political Theory: The Evolution of a Sub-Field*, en FINIFTER (1983, 3-45).
- HANSEN, S. B., *Public Policy Analysis: Some Recent Developments and Current Problems*, en FINIFTER (1983, 217-245).
- HUNTINGTON, S. P., *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1968; trad. italiana, *Ordinamento politico e mutamento sociale*, Milán, Franco Angeli, 1975.
- IRISH, M. D., *Political Science. Advance of the Discipline*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1968.
- JAY, M., *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, Boston, Little, Brown and Co., 1973; trad. castellana, *La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus, 1974.
- LAMOUNIER, B. (ed.), *A Ciência Política nos Anos 80*, Brasília, Editora Universidade de Brasília, 1982.
- LEPSIUS, M. R., *Sociology in Germany and Austria 1918-1945; The Emigration of the Social Sciences and its Consequences; The Development of Sociology in Germany after the Second World War, 1945-1967*, Florencia, Istituto Universitario Europeo, Working Paper núm. 104, 1984.
- LIPHART, A., *Typologies of Democratic Systems*, en «Comparative Political Studies», 1, 1968, pp. 3-44.
- , *Consociational Democracy*, en «World Politics», 21, 1969, pp. 207-224.
- LINDBLUM, C., *Politics and Markets. The World Political-Economic Systems*, Nueva York, Basic Books, 1977.
- LINZ, J., *Un secolo di politica e di interessi in Spagna*, en S. BERGER (ed.), *Organizing Interests in Western Europe*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981; trad. italiana, *L'organizzazione degli interessi nell'Europa occidentale*, Bolonia, Il Mulino, 1983, pp. 477-549.
- LIPSET, S. M. (ed.), *Politics and Social Sciences*, Nueva York, Oxford University Press, 1969; traducción castellana, *Política y Ciencias Sociales*, Madrid, Guadiana Publicaciones, S. A., 1971.
- MACKENZIE, W. J. M., *Politics and Social Science*, Harmondsworth, Penguin, 1967; trad. castellana, *La Política y la Ciencia Social*, Madrid, Aguilar, 1973.
- MATTEUCCI, N., *Alla ricerca dell'ordine politico. Da Macchiavelli a Tocqueville*, Bolonia, Il Mulino, 1984.
- McCLOSKEY, H., y ZALLER, J., *The American Ethos, Public Attitudes Toward Capitalism and Democracy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984.
- MITCHELL, W. J., *The Shape of Political Theory to Come: From Political Sociology to Political Economy*, en LIPSET (1969, 101-136).
- MOORE, B., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press, 1966; trad. castellana, *Los orígenes sociales de la Dictadura y de la Democracia*, Barcelona, Península, 1973.
- NEUMANN, F., *Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism*, Nueva York, Oxford University Press, 1942; trad. castellana, *Behemoth. Estructura y Práctica del Nacional-socialismo*, México, F. C. E., 1983.
- PASQUINO, G., *Modernizzazione e sviluppo politico*, Bolonia, Il Mulino, 1970; trad. castellana, *Modernización y desarrollo político*, Barcelona, Nova Terra, 1974, y Hogar del Libro, 1984.
- , Prefacio a la edición italiana de J. C. CHARLESWORTH (ed.), *Contemporary Political Analysis*, Nueva York, Free Press, 1967; trad. italiana, *Teorie e metodi in scienza politica*, Bolonia, Il Mulino, 1971, pp. 9-32.
- , *La complessità della politica*, Bari, Laterza, 1985.
- , *La scienza politica e la sfida della complessità*, en G. BOCCHI y M. CERUTI (eds.), *La sfida della complessità*, Milán, Feltrinelli, 1985b, pp. 347-361.
- PASSERIN D'ENTRÈVES, A., *La dottrina dello Stato*, Turín, Giappichelli, 1962.
- REGONINI, G., *Public Choice: una teoria per l'analisi delle politiche pubbliche*, en «Stato e Mercato», 4, 1984, pp. 299-328.
- , *Le politiche sociali in Italia: metodi di analisi*, en «Rivista italiana di scienza politica», XV, 1985, pp. 335-377.

- RICCI, D. M., *The Tragedy of Political Science. Politics, Scholarship and Democracy*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1984.
- RIKER, W. H., *Political Theory and the Art of Heresthetics*, en FINIFTER (1983, 47-67).
- ROSE, R. (ed.), *Electoral Behavior, A Comparative Handbook*, Nueva York, Free Press, 1974.
- ROKKAN, S., *Citizens, Elections, Parties, Approaches to the Comparative Study of the Processes of Development*, Oslo, Universitetsforlaget, 1970; trad. italiana, *Cittadini, elezioni, partiti*, Bolonia, Il Mulino, 1982.
- SARTORI, G., *La politica comparata: premesse e problemi*, en «Rivista italiana di scienza politica», 1, 1971, pp. 3-66.
- , *La politica, Logica e metodo in scienze sociali*, Milán, Sugar Co., 1979.
- SIEGFRIED, A., *Tableau politique de la France de l'Ouest sous la Troisième République*, Paris, Colin, 1913.
- SMELSER, N. J., *Comparative Methods in the Social Sciences*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1976; trad. italiana, *La comparazione nelle scienze sociali*, Bolonia, Il Mulino, 1982.
- STRETTON, H., *The Political Sciences*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1969.
- TILLY, C. (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975; trad. italiana, *La formazione degli stati nazionali nell'Europa occidentale*, Bolonia, Il Mulino, 1984.
- TINGSTEN, H., *Political Behaviour*, Londres, King, 1937.
- VERBA, S.; NIE, H., y KIM, J., *Participation and Political Equality. A seven-nation comparison*, Nueva York, Cambridge University Press, 1978; trad. italiana, *Partecipazione e equaglianza politica*, Bolonia, Il Mulino, en preparación.
- WALDO, D., *Political Science: Tradition, Discipline, Profession, Science, Enterprise*, en F. I. GREENSTEIN y N. W. POLSBY, *Handbook of Political Science*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1975, vol. 1, pp. 1-130.
- WEBER, M., *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubingia, Mohr, 1922; trad. castellana, *Ensayos sobre Metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.
- WEISBERG, H. F. (ed.), *Political Science: The Science of Politics*, Nueva York, Agathon Press, 1986.
- WOLIN, S., *Politics and Vision. Continuity and Innovation in Western Political Thought*, Boston, Little, Brown and Co., 1960; trad. castellana, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.
- ZOLBERG, A., *Creating Political Order. The Party-States of West Africa*, Chicago, Rand McNally, 1966.
- ZOLO, D., *I possibili rapporti fra filosofia politica e scienza politica*, en «Teoría política», 1, 1985, pp. 91-109.
- , *Scienza e politica in Otto Neurath. Una prospettiva post-empiristica*, Milán, Feltrinelli, 1986.